



## Vigilia del desterrado

DE VIRGINIA VIDAL<sup>1</sup>

No quiero  
Que mis muertos descansen en paz  
Tienen la obligación  
De estar presentes  
Vivientes en cada flor que me robo  
A escondidas  
Al filo de la medianoche  
Cuando los vivos al borde del insomnio  
Juegan a los dados  
Y enhebran su amargura

*Stella Díaz Varin*

YO, JACQUES MARAT, voy embozado de sombra, sin lograr sobreponerme a lo aterrante de no saber cuándo cruzo las lindes entre la vigilia y el sueño. Muy lejos las estrellas en este cielo convertido en su veladura como los paños azul nazarino sobre las imágenes en Semana Santa. Las luces están aquí abajo. Soy el enmascarado que las rehúye, amante de la noche cual bandolero o asaltante de caminos. La ciudad de luces y vidrieras no se espanta de mis máscaras, indiferente a todo sufrimiento, ávida de música y de embriaguez. Camino la noche de París y comprendo que no despertaré de la pesadilla. Al atravesar la Chaussée Clignancourt, se me aparece tu fina silueta, Luisa, en uniforme de guardia nacional. Aquí estuvo la barricada donde tú, mujer ángel y hoz, musa grácil para siempre olvidada de ti misma, con algunas docenas de hombres de tu batallón

**1** Virginia Vidal nació en Santiago de Chile (1932). Novelista. Periodista, Registro Nacional N° 717 del Colegio de Periodistas. Por su aporte incondicional a la literatura chilena se le concedió la distinción Letras de Chile 2011. Representante de la Sociedad de Escritores de Chile ante el Consejo de Monumentos Nacionales. Entre sus novelas se encuentran *Oro, Veneno, Puñal* (2002); Valencia, España. *Javiera Carrera Madre de la Patria* (2000). *Balmaceda Varón de una Sola Agua* (1991); *Cadáveres del Incendio Hermoso*, Premio de Literatura de la Municipalidad de Santiago, 1991, Premio de Novela "María Luisa Bombal" de la Municipalidad de Viña del Mar 1989. Editorial Andrés Bello, 1990; *Rumbo a Ítaca* (1987). Directora de Anaquel Austral <http://virginia-vidal.com/> **Contacto:** virginia@vtr.net

hiciste los últimos disparos. Ya hace meses fuiste deportada a Nueva Caledonia como si, por no matarte, quisieran lanzarte a la vera del mundo. Destierro, pena nefanda te impusieron, aunque en vano reclamaste la parte de plomo de la que se consideraba acreedor tu ardiente corazón. Ah, Luisa, no derramaste una lágrima cuando fusilaron a tu amado Teo entre millares de comuneros. Sopor-taste la prisión sin quejas, pero has mandado una carta donde te dueles amargamente por la agonía de los albatros en el Cabo de Buena Esperanza. Luisa, fuerza de la vida, valor y bondad, ya no te volveré a ver. Estás tan lejos. Antes de que se te viniera el horror encima, te comenté en más de una ocasión cuánto me habría gustado que te conociera Francisco, mi amigo. Con qué apasionada seguridad él decía: “No hay destino. Somos nuestro destino”. Curioso destino, Luisa, el tuyo y el nuestro. Ya oí decir, con harto menosprecio, a uno de éstos don nadie que mi abuela no habría sentado a su mesa, que nosotros éramos las estatuas del fracaso. Si el permanecer condenados a un deliberado olvido nos convirtió en estatuas semejantes, ¿quién puede asegurar que no haya arqueólogos de la memoria en lo por venir? (No sé por qué me he acordado de mi abuela y su desdén del cual sólo son capaces las mujeres que allá llaman ‘de sociedad’ cuando le dijo un día a una melosa que, acaso con secreta esperanza de abrirle el bien forjado corazón, le comentaba haber sido invitada por una conocida común: ‘es que ésa es mugre como tú, así que pueden estar juntas; y, por favor, conmigo no seas siútica’... Lo increíble es que la mujer aceptó la crueldad hiriente sin ofenderse, se diría, hasta agradecida por el refregón...).

Si estuviera aquí Francisco, te habría hablado de ese empedrado que empezó a calentarse a los gritos de “¡Viva la reforma, abajo Guizot!”. De los dieciséis muertos trasladados en un carro, una antorcha en cada ángulo, tras el cual millares de obreros gritaban: “¡Venganza! Asesinan a nuestros hermanos”. Entonces las multitudes cantaban un himno tantas veces prohibido, que terminaron por resignarse aceptando la censura definitiva de una estrofa:

Que veut cette horde d’esclaves,  
Des traîtres, de rois conjurés!  
Pour qui ces ignobles entraves  
Ces fers des long temps préparés.  
Français pour nous ah’quel outrage!  
Quel transports il doit exciter.



C'est nous qu'on ose méditer,  
De rendre à l'antique esclavage.  
Aux armes, citoyens...

Sin querer, me ha brotado el canto para lanzarlo a la noche... Es bueno quitarse el sombrero y dejar el pelo libre para sentir cómo le caen las gotas y lo van empapando. Es bueno este beso de la garúa en la frente. Desterrado por partida triple, a lo menos, no me queda sino el nocherniego deambular por la ciudad hasta que los pies cansados se resisten a proseguir, para retornar al sueño cuando amanece y sumirme en un ansiado olvido intentando en vano no caer en la angustia recurrente, empecinada, inevitable, de un soñar el cuerpo de arena, el corazón de arena, muy pálido, sobrevolado por nubes de mosquitos. El cansancio del cuerpo no anula la exaltación del ánimo y, yaciente a la espera del sueño, medito sobre el curioso azar que me negó los dos mayores acontecimientos vividos por esta ciudad desde los días en que aquí nació una época nueva para la historia del hombre. Yo ya había partido rumbo a América, en viaje con el severo don Domingo Faustino Sarmiento, a quien pude contagiarle mi alegría y, acaso, algo de una juventud que por su vida dura no tuvo la oportunidad de disfrutar. Con su cara de viejo precoz comentaba: 'tienes salero, eres liviano de sangre'. Y yo lo hacía reír bailándole, contándole chistes, bromeando. Pero tanta risa no impedía que habláramos de cosas sumamente serias. Él me respetaría y me ayudaría en el destierro. Él y sus amigos me dieron cuanto me negaba mi patria, y algo más: la suya propia...

Aquellas barricadas de 1848 contribuyeron a fecundar nuestro empeño –tres años más tarde– en una acción grandiosa, basada en el estudio y la reflexión, según nuestros deseos de realizar la república causando los menores trastornos posibles. Fuimos los primeros en intentar un proyecto para anticiparnos al futuro y acabar con la vergüenza de un país cuyos habitantes se dividen en '*decentes*' e '*indecentes*' y donde todos los privilegios de los primeros se sustentan sólo en la riqueza. Ellos son los hombres de orden, apegados a todo lo retrógrado; sus únicas virtudes son el horror a las reformas, la hipocresía y el disimulo. Para los '*decentes*' todo poeta es un joven sin fundamento y todo hombre de ciencia, un hereje, un condenado, un ser peligroso. En cuanto a los '*indecentes*'... pobres hay en todas partes, pero no en todas partes hay pobres como los de allá...

Luisa, estoy seguro, habrías reconocido en Francisco Bilbao a un hermano, altivo y puro como tú. Cómo se habrían entendido. Tú le habrías dado consuelo para su cúmulo de desdichas... Estoy divagando: van a cumplirse diez años de su muerte. No tengo duda alguna sobre las causas: el pobre tísico no vaciló un instante en lanzarse al río para salvar a la esposa de un conocido. A él, ni el amor lo salvaría. En Francisco se encarnizó la mala fortuna: desde la proscripción por querer cambiar lo antiguo –la lenta agonía en un destierro sin término–, pasando por la muerte de su hijito, su única semilla, hasta la distorsión de nuestra Obra, sofocada en el olvido, enlodada de mentiras y, lo peor, escarmenada para sacarle hilachas de verdades repujadas en sensiblería. La Regeneración condenada a ciento y más años de soledad. Sí, Francisco, entendiste un poco tarde mi frase (creo que hasta te causó disgusto): *“Puñal, hijo, puñal y que la regeneración de la patria se inscriba en el cuero de los pelucones”*. Miro y remiro estos amarillentos papeles. Con qué pasión respondiste desde el destierro mi carta escrita en la cárcel (ambas condenadas a la ineditud). Te habías opuesto, decías, a todas las conspiraciones, no querías que se quitase la libertad con una asonada o con la toma de los cuarteles; pretendías cambiar la faz de la patria pacíficamente, tan sólo con el derecho de hablar y de asociarse: *“Hice más: negué el derecho de insurrección y de conspiración siempre que el ciudadano tuviese el derecho de la palabra y de la asociación”*.

Una tarde había llegado hasta nosotros un igualitario con una palidez opaca deformada por el terror. Sólo atinaba a hacer ademanes para que lo siguiéramos. A pocas cuadras, donde ya se desbordaban las aguas de las acequias, atajadas por la basura putrefacta, se alzaban ignominiosas viviendas, si así se puede llamar a esas covachas. En un cuarto colgaba un hombre de una viga. Sobre la cama, a la luz mugrienta de una vela de sebo, vimos los cadáveres degollados de la esposa y del hijo. En el caldero de fierro fundido aún había rescoldo y de una tiznada olleta salía un vaho triste de bazofia quemada. Las mujeres del vecindario, bien arrebozadas, a la espera de que el juez autorizara levantar los cadáveres, se deslizaban como sombras en los aprontes del velorio, en tanto los hombres, caminando al sesgo, medio tapaban con los raídos ponchos las botellas de aguardiente. El infeliz artesano había sido despedido de su taller. Su hermano gemía: *“No les faltaba un plato de comida, pero él prefirió matarse y matarlos antes de verlos padecer la miseria... No podía resignarse a que le hubieran robado su dignidad”*... Cómo habrían reído las señoras que podían sentarse a la mesa de mis antepasadas si hubieran oído hablar a un roto de



dignidad... Señoras así, pechugas descubiertas y bien empolvadas, envueltas en seda, brocados y encajes, nos esperaban esa noche en una cuadra helada y hedionda de carbones a medio encender, metidos en suntuosos braseros de plata o bronce. La mesa del comedor rebalsaba de vituallas. El anfitrión era un liberal que no veía con malos ojos nuestra asociación, pero cuando quisimos contarle la atroz escena del ahorcado, nos dijo con la boca fruncida: ‘caballeros, no es de buen tono hablar de muertos en una fiesta’...

Este recuerdo se me entrevera con otra de tus afirmaciones, Francisco. Esa elocuencia tuya del incapaz de usar el lenguaje político como jugo de adormideras o rutinaria consigna para acólitos tan seguros del cumplimiento de las leyes históricas, pero dispuestos a jugar a las revoluciones y a jugar con los hombres como si fueran soldaditos de plomo (aunque sienten repugnancia de ensangrentarse las manos: no serían jamás parteros), clamaba sin ser atendida: *“La miseria es no tener tiempo para ser hombre, para contemplar la faz de Dios y de la naturaleza; es no saber pensar ni tener tiempo para pensar ni para desarrollar la inteligencia ni dar alimento y vida al sentimiento, al alma, a la imaginación, ni dar a la memoria más recuerdo que el dolor”*.

Ay, Francisco, presiento que dentro de siglo y medio, en esa misma ciudad que nos expulsó, otros aprendices de conspiradores podrán conocer por azar algunos de tus pensamientos y, con el desprecio de la ignorancia y la prepotencia, se burlarán de tus palabras. Porque nuestro país está condenado a la fragmentación, desvinculados el falseado y tergiversado pretérito del presente nebuloso y el porvenir sin proyecto. A todo presente se le cortan las raíces y se diluye como si fuera un árbol de esos bosques talados, de esas selvas a las que se les mete candela para que el roce del fuego despeje terrenos condenados a un par de cosechas opimas sucedidas de la eterna erosión. Así también se tala y se roza la historia, al punto de confundir su decurso... Te lo dije: quieren que les paguemos hasta los miedos que han tenido y los malos ratos que les hemos hecho pasar. Te lo dije: se vengan, rencorosos como corsos, y usan medios que avergonzarían a una ramera. ¿Te das cuenta? Se vengaron. Teníamos que pagarles sus miedos.

Y nos fregaron. Este era el verbo favorito del ministro Varas: “fregarlos”. Cómo hubiera querido aplicarnos la PENA DE AZOTES. Pena de azotes, Francisco, igualito

que en el país de los zares. ¡Zares, Francisco, zares para nuestro pequeño país de un millón y medio de habitantes, es decir, para un millón cuatrocientos mil pobres, mas no zares para los restantes, dueños de la *decencia!*... Y un anticipo tuvimos en la sesión de los palos, cuando el “Chanchero” nos asaltó con una partida de bandidos, cumpliendo al pie de la letra las instrucciones del capitán Tomás Concha. Pero dicho anticipo iba a ser pálida sombra del dolor, el escarnio, el sufrimiento padecido por los soldados partidarios de la revolución que recibieron doscientos palos delante de la tropa.

Con qué arrogancia el coronel García le escribió al presidente de la república: “No creí jamás tener que lidiar con los soldados del estúpido batallón Chacabuco. Y por desgracia los tengo ahora a mis órdenes. Pero canalla más criminal y cobarde no he conocido en toda mi vida militar como los dichosos chacabucanos, pero me parece también o dejan el cuero en las varillas de los cabos o se hacen buenos”.

Ya lo sabemos: o dejar el cuero en las varillas o ‘hacernos buenos’. Qué mejor lección para los rotos alzados.

¿En qué error incurrimos, Francisco, para que se borrara la continuidad de la historia nuestra? Se superponen pequeñas unidades del proceso total y se consigue una suma de movimientos correspondientes a la duración de un determinado fragmento y nada más. Y el pasado es deglutido por lodos pantanosos, separado del presente difuso que extenua toda afirmación de futuro, destrenzado el tiempo y convertido en maraña, en moño de vieja loca del cual pueden sacarse mechas para fantasearlas y maravillarlas. Te apuesto, Francisco, que el caldero donde se quemaba la pitanza del suicida degollador se venderá como tesoro antiguo en el baratillo, a un valor que podría alimentar por un tiempo a otro suicida degollador en cierne, dentro de un siglo y medio...

Siento que mi corazón es un mar sin orillas donde flotan, peces panza arriba, los sueños y los seres más queridos, pálidos fantasmas pobladores de mis falsas noches, de mis insomnios, se diluyen en las albas que me empujan al encierro, condenado a reclusión diurna en cuanto me quede de vida. Oleadas de asaltantes del cielo se me asoman a las riberas de la memoria nunca derrotadas, pletóricas, capaces de coger los tules de los sueños y encadenarlos a la tierra para domeñarlos. Mi memoria no es sólo recordatorio, no sólo es acumulación de todo lo vivido,



es el afán sin tregua de organizar las ideas, de saber cómo vi el mundo y cómo lo interpreté y qué hice para transformarlo. Rechazo el olvido de cuantos sintieron la necesidad del bienestar de las masas. Rara palabra: a *“Ved el problema del bienestar de las masas, la elevación, la preparación para la distribución del bien sobre la tierra”*. Masas constituidas por la más pura harina humana, fermentada con la levadura de los sueños y las aspiraciones, van a terminar olvidadas... Esa harina y esos fermentos iban a transformar el mundo: pensamientos míos condenados al silencio que merece todo proscrito. Jamás me aluciné con la esperanza de que mis pensamientos se aprovecharan, pero eso no me impidió pensar.

Algo extraño: anoche, mientras caminaba, recordé a un gañán cuyo nombre tal vez nunca supe. Era nuestro instructor y había llegado acompañado de otros igualitarios de la zona. Por invitación de José Miguel, nos fuimos congregando todos para hacer prácticas de tiro en el fondo San Miguel, propiedad de su tía, doña Javiera Carrera. Antes del alba habíamos trepado cerros y reptado por pedregales. Estábamos cansados pero contentos cuando ocurrió el trágico suceso. Un negro muy anciano, pero que sacaba fuerzas no sé de dónde, nos acompañaba cargando un saco con nuestros materiales. De pronto, resbaló y se fue cuesta abajo. Quedó malherido, la cabeza abierta: si no hubiera sido por la abundante sangre se le habrían visto los sesos. A pesar de la gravedad, respiraba, se diría sin dificultades y, lo más prodigioso, su pulso era normal. No había medio de transportarlo. Intentamos acomodarlo y descubrimos su clavícula, sus costillas, su cadera quebradas. Desdichado ser en que los huesos taladraban el pellejo apergaminado. José Miguel lo examinó y fue tajante: no sería humano someterlo al martirio del traslado; si lo intentáramos en improvisadas parihuelas, moriría en el camino en medio de atroces sufrimientos. ‘Yo asumo —dijo—, caiga su sangre sobre mi cabeza, pero un ser que ha vivido tantos pesares no merece sufrir lenta y tormentosa agonía; él fue esclavo y mi padre le dio la libertad. Ahora, con sus años y todo, quería participar en nuestra empresa. Ha muerto en acto de servicio’. No le permitimos descargar y decidimos echar en suertes tan penoso deber. Francisco cortó varios palitos del mismo tamaño, salvo uno menor, los apretó en un haz y comenzamos a sacar. El azar me eligió y le disparé en la destrozada sien. Fue horroroso. La potencia de la vida era mayor de cuanto pudiéramos imaginar. Seguía latiendo el cuerpo destrozado. Esta vez, José Miguel, demudado, pero firme, auscultó el viejo corazón y lo re-mató... Nos hincamos de rodillas y rezamos con fervor. Francisco, bañada en

lágrimas su pálida faz, inscribió la señal de la cruz en el retazo de frente, en los labios exangües, en el pecho... Nuestro instructor empezó a cavar la fosa y todos lo ayudamos. También cortamos unas ramas e hicimos una cruz. Cantamos nuestro himno, luego disparamos la salva. Proseguimos con empeño redoblado, durante horas, nuestros ejercicios. Ya descansábamos, semidesnudos, después de habernos bañado en el estero y me puse a cantar con todo entusiasmo hasta contagiarnos. El mozo se ufano de su puntería como para acertar en una moneda lanzada al aire. Le manifesté mi duda, entonces me aportó su jornal de una semana. Acepté y puse sobre un tronco mi bolsico con un par de onzas. Lanzó la moneda y la hizo trizas de un tiro. Con gusto le tendí el bolsico: él era más fuerte que todos nosotros, más preparado para resistir las inclemencias, su inteligencia sorprendente probaba nuestras capacidades proponiendo trampas y tretas. Lo miró con miedo, sin cogerlo: '¿Quiere que me acusen de ladrón y me pongan en el cepo? Perdón, patroncito', dijo con voz cambiada y reverente. Tal sometimiento me sublevaba. Le pregunté primero por su jornal: ¡Un real y medio! Un real y medio por trabajar de sol a sol, más de doce horas al día luego, ¿por qué me pedía perdón? Respuesta inconcebible: 'Por haberme propasado. Creí que usted era como nosotros'... Me contó en detalle el castigo del cepo, instrumento instalado en todos los fundos. Luego del asueto, él y sus acompañantes metieron en un morral esa especie de uniforme con que todos nos habíamos vestido para las prácticas y se pusieron sus harapos... Después sabría que combatió como puma en la jornada de abril. Los fusilaron en el Tajamar. Aún no se me pasa la vergüenza de que me haya pedido perdón...

He recordado también al profesor de inglés de los obreros y artesanos de la Igualdad, el afroantillano míster Moore. ¿Cuál sería su nombre de pila? Era un convencido de que los trabajadores debían de dominar las otras lenguas para leer libros que los enemigos de la Regeneración jamás se empeñarían en traducir. Impermeable al ridículo y a las patochadas, era capaz de enseñar a leer en lapso brevísimo y, sobre la marcha, infundir a su educando la convicción de que debía saber inglés... Le prometí ubicar a su madre y contarle la verdad de aquella Obra distorsionada por los intereses creados y la malicia de los poderosos. Pero antes tuve mucho que hacer.

Argentina pudo haber sido mi definitiva querencia, suelo donde duermen el sueño eterno mis más entrañables afectos, aunque siempre he sentido que el



planeta entero es mi patria total. Algunos se condolieron de mis desventuras, pero nadie me vio triste. Jamás me invadió el desánimo y acometí cuanta empresa me encomendara el gobierno de esa tierra generosa... Tardé en desembarcar en un puerto caribeño y empezar la peripecia de hallar a los familiares de Moore. La madre ya había fallecido; unos parientes lejanos me escucharon con respeto, pero sin asomos de comprensión. ¿Ocurriría entonces lo que me dejó un regusto nauseabundo? No puedo dejar de asociarlo con mi espantoso mal. Castigo de Dios, dirían los pelucones. Iba por la playa con una alegre mulata cuyo cuerpo brillaba por el aceite de coco, cuando tuve la fatídica visión: me seguía un perro cubierto de llagas envuelto por una tenue nube. La nube abandonó el animal para asediarnos. Yo manoteaba en vano, tan persistentes eran esos pequeños zancudos silenciosos. La muchacha reía y gritaba traviesa: ‘mosquitos, mosquitos’, pero a ella no se le acercaban. Esos atrevidos se apegaban a mi nariz, a mis párpados, a mis sienes y era inútil me afán de espantar la hostigosa plaga. Quedé enronchado, maldiciente de ese picor pertinaz. Un mal momento.

Jamás lo hubiese recordado si no fuera porque en ese cutis mío (‘heredaste la piel de mi esposa, decía mi padre, tersa, mate, de grano fino’), en la nariz donde ningún comedón ni poro dilatado se exhibió nunca, andando el tiempo empezó a asomarse un grano duro, semejante a una baya de muérdago. Allí quedó instalado el mínimo botón por largo tiempo, sin deformar la nariz —yo la veía como quilla de barco, pero Francisco me consolaba: ‘tú perfil me recuerda el de Lammenais’—; luego esa baya lisa se fue tornando granulosa, con algo de madrepora. Un insignificante cráter se abriría en el ápice. Entonces yo reía: a estas alturas de la vida, granos de adolescente. Y cómo se mantuvo ese clavo intruso, inalterable, empecinado, hasta comenzar a recubrirse de unas aristas pustulosas, más tarde tapadas por una costra dura como cabochón de rubí. Debajo se acumulaba el humor seroso. Al presionar la costra, manaba un líquido con hedentina a flautas de estramonio cuyas espinudas cápsulas lanzan al azar semillas que germinan con raíces resistentes a la sequía y al roce. Pétalos secos, enconados, encubrieron el humor putrefacto. Serosa linfa fluía abriéndose paso entre el bigote. Ningún médico supo explicarme nunca qué invisible microbio se ensañaba en mis tejidos. Me empezaron a tratar como si fuera sifilítico. Y gargarismos, fomentos, misturas, pociones, gotas resolutivas, guisantes de cauterio, trociscos, epitemas, embrocaciones fueron siendo aplicadas en mi cara, nariz y garganta.

Incontables onzas, dracmas y escrúpulos de tintura de cantáridas, agua triacal, láudano, cloruro de oro, quina y cuanto elemento mineral, animal y vegetal conoce la medicina, pistado en mortero de pórfido, cristal o porcelana. El aceite gris, el calomelano, el sublimado corrosivo, el jarabe de ipecacuana, en sus frascos esmerilados, se alinean junto a la lámpara, sobre mi velador. Este cuerpo ha resistido el mercurio que suele matar más que la enfermedad, pero los botones se han ido multiplicando. Cuánta humillación seguida de amarga cólera me provocó el diagnóstico. Me sublevé. Me debatí rememorando mi vida. Cuán consecuente procuré ser. Nunca pretendí desvanecer la fama de calavera que me achacaban, al contrario. Esos rumores reanimaban mis burlas para aquellos que ven en todo español o indoamericano o africano, en fin, un ser salaz. Si ya mi solo inevitable acento andaluz era motivo para atribuirme picardías varias. Cría fama... Mas mi juventud fue voluntaria, orgullosamente casta, dedicada a la Idea, aunque bailara y riera con bellas destinadas a tronos. Sin juzgar a nadie, repudí el amor mercenario. No me solacé en busca de aventuras, pero hasta el más ocasional de los encuentros fue eso: comunicación libre y gozosa. Sí. Me gustaba reír y sacar de su centro a los seres graves y pomposos. Amé. Amé a mi esposa, madre de mis hijos. Secreta mujer mía, la innombrada, como innombrado es el Supremo, tan temprano me dejaste ingrino y solo con este hijo que nos eternizará. Tú, no más, supiste de dificultades, fugas, estrecheces, abnegada discreción, largas separaciones. Pobre querida mía, tan valiente para seguirme, para sumir con entereza el matrimonio secreto, indiferente a las lamentaciones de tu parentela, a la murmuración de las comadres, a los corrillos de aldea. Acaso te fallaron las fuerzas para soportar la muerte del otro hijito en mi ausencia. Acaso tú estabas menos preparada que yo para sobrellevar la pobreza y la incertidumbre. De otro modo no me explico que la peste lograra doblegarte, lo que no consiguieron anteriores pesares, la travesía cordillerana, la crianza del hijo mayor a punta de cariño para suplir escaseces, sin importarte lo qué dirán. Tú fuiste más generosa que yo y deseabas que me reconciliara con mi padre, aunque él nos decidió a mantener nuestro matrimonio en secreto...

No. Me resisto a estar invadido de mal vergonzoso en este cuerpo que siento espijado y poderoso como si no hubieran pasado los años. No cede a tóxicos ni al tiempo, cobijo de una mente que trabaja sin torpor, recalcitrante a los acechos de la hipocondría...



Me veo en mi hijo moreno, no dedicado a la política como se entiende por hábito, sino al arte, tal vez una de sus formas más nobles. Desde allí, él hace la revolución a su modo y pasa por las llamas del infierno junto a los pintores y poetas, a los poetas pintores, a los pintores poetas. ¿Quién es capaz de poner límites a la creación con definiciones sacadas de diccionarios? ¿Dónde marcar las lindes entre una y otra forma del arte, entre uno y otro género? Hijo, haz tu camino, empeñado en borra las fronteras de la luz; el dibujo es andamio, dices, hay que dejar de lado toda forma, toda línea. También sueñas con una música flotante sin ritmo que la apoye. Santiago, hijo mío, tú y los tuyos sois acusados de llegar al extremo opuesto, en vez de activar el reclamo de la naturaleza, de sacrificarlo todo a los efectos de la luz, de no usar el colorido como medio para distinguir y separar los diferentes objetos de una composición, de llegar a perder el sentimiento de las formas, más aún: de no pintar objetos sino realizar sensaciones... Bien, hijo, no eres de los espíritus restrictivos y apocados. Tú has amortiguado mi dolor de Buenos Aires cuya tierra guarda las semillas amadas que no brotarán como brotaron las varas de mimbre que planté a la orilla del río...

Por fin, un médico reacio a rutinas me explicó que la úlcera rebelde era algo insólito. No correspondía a ninguna manifestación de la sífilis y la asoció con enfermos de todas las edades, cubiertos de pústulas, que conoció en las Indias Orientales. Pero las úlceras me fueron inficionando toda la nariz, hasta la boca. Ya podía figurarme mi calavera monda. Malestar en la garganta, ronquera rebelde. Sofocado por la misma pesadilla: un parásito sigiloso alcanza el tamaño de un punto y crece hasta convertirse en una lenteja dividiéndose y subdividiéndose a costa de mis carnes para embozarme hasta la asfixia. La carne de mi cara no cesó de empollar, nido y gallina clueca. La azul barba cerrada ya no pudo conservar su sedosidad, pringada por el suero repugnante.

¡Ah! Cuán doloroso se tornaría rasurarla. Por si fuera poco, el nuevo anuncio: un botón granuloso en la comisura de mi boca, acechante de mi angustia, hizo presentir la destrucción de los labios. ¡Qué horror! Cuánto sufrí con la pérdida del olfato. No más olor de las mujeres. No más lilas, gardenias ni rosas. No más cuero ennoblecido por el uso. No más vaharadas de castañas asadas en las parrillas del otoño. Ni olor de conejo escabechado ni ensalada de piñas. Amigo Lucio Mansilla, no compartiré contigo ni un churrasco de guanaco, de gamo, de gato montés ni la tortilla de huevos de avestruz. No habrá más ajiajos olorosos

a orégano y comino. No más membrillos ni limas ni agua de azahar ni olor de brillante pelo lavado con quillay ni de tierra reseca abriéndose para recibir la primera lluvia. Todo lo perdí. En la comisura, el granito rebelde, agorero del pus, de la ulceración impía, adelantado de una llaga dispuesta a roer unos labios incapaces de olvidar como besaron. ¿Y resistir la tentación del espejo? Su amalgama tras la luna empavonada por mi aliento devolvía la caricatura corrupta de una faz condenada a perder el día y a vivir de noche como un réprobo.

Aislarme de mis semejantes. Sentir asco de mí, hediente, olisco por emanación que no percibo, pero deformadora, a pesar de sí mismas, de las facciones de cuantos se me acercaren, aun seres que pudieran estimarme. Pocos me iban quedando. Distorsionadores de la historia acusan a mi padre de mala índole y del supremo delito de ser consecuente republicano. No le perdonan que haya sacado partido de las reglas impuestas por el sistema. Los mismos que me acusan a mí de ‘comunista’, tan frescos de raja, porque abomino de la miseria sin haberla sufrido. Acaso alguno de quienes me rescataren del olvido –ya por eso le deberé bastante, no le podré exigir equidad y ponderación, además–, habrá de juzgarme como ‘hijo contumaz y sin asidero, débil de carácter y pusilánime’; acaso diga que no me distinguí en mis estudios, aunque reconozca mi perfección en el manejo de otros idiomas y el fundamento de disciplinas varias que promovieron mi interés, y hasta me reconozca ‘chispeante ingenio y a la vez resignado fatalismo’ (confieso que lo último no será muy fácil de entender).

Es posible, además, que recojan las generosas páginas de don Domingo Faustino Sarmiento –acaso las únicas legadas a la posteridad al respecto– donde se refiera a aquel reír mío *“de buena voluntad y que haría desarmar a la naturaleza más quisquillosa”*. A veces él me reñía, como tú, padre. Él también pudo haber sido menospreciado como estatua del fracaso... mientras no acrisoló una nación... Por tu consecuencia republicana te he admirado, padre, aunque haya sido el más severo e implacable de tus críticos. Pero no voy a ser tu juez. Yo que ofendo a la luna, ensucio la luz, escupido por la muerte, no te voy a juzgar. Gracias por haberme dado la vida y habérmela engendrado en la más hermosa de las mujeres, la más sabia, la más dulce, la que amaste, la que te amó. Había quedado para vestir santos, le decían, y ella con alegre desenfado respondía: ‘más me vale vestir santos que desnudar borrachos’. A ella no le importó que a todas sus amigas las casaran, mas no fue casada, porque ella escogió a un hombre.



Ningún investigador de dotes podrá descubrir la partida de la suya. La historia no podrá nunca acusarte, padre, de que hayas tasado unos apolillados encajes de unas basquiñas de tu prometida. Tampoco a ella le importó que se pudieran oponer al desposorio su tío, el obispo, y su hermano cura, confinado por orden del mismísimo Director Supremo quien, junto a su señora madre, fue vuestro padrino de bodas. Nunca condenaste a tus parientes, santos varones para ti, madre, pero con qué gracia me contabas cómo uno de ellos se negó a darle la absolución a una jovencita autora de un pecado horrible: hablaba francés. Y me lo decías en tanto, a tu pedido, te corregía tu pronunciación en esa lengua que aprendiste cuando eras mujer madura... Madre, pocos hijos habrán sido tan mimados y acariciados ni tan graciosamente regañados como yo lo fui por ti. ¿Me perdonas esta jactancia? En momentos de desolación suprema he tratado de captar el más lejano recuerdo. Es nebuloso. Un estremecimiento atroz, como si hubiera estallado un polvorín; remolinean las copas de los árboles y se inclinan barriendo la tierra remecida sin descanso, esta yegua chúcara intenta voltear a todos los humanos que tratan de aferrarse a sus lomos, en tanto tú me abrazas, apegado a tu pecho, tibio, seguro, siento cómo late tu corazón. Madre, apagaste tus miedos para darme la seguridad, la fuerza, el coraje, la incapacidad para el sigilo y la hipocresía gracias, madre—, me diste tanta confianza en el ser humano. Tú sí sabes quién soy. Ni caballero andante ni calavera, aunque la calavera se me esté asomando en vida, ávido de caminos, de amistad, de gozar olores, sabores, paisajes, ciudades y pampas, desiertos y selvas, con feroz ansiedad de vida y de horizontes. Sé, madre, que me hiciste como un río subterráneo, como uno de esos ríos nortinos cuya corriente avanza intrépida bajo la tierra árida. ¿Y si alguno de esos ríos es hecho surgir por fuerzas aún incógnitas y brota para fecundar el más implacable desierto? Madre, el desierto congelado, el desierto ardiente, el desierto rescoldeado de sol o bañado de luna esconde ríos. Algo va a pasar cuando nazcan selvas y trópicos bañados por ellos... Madre, estoy condenado a podrirme en vida, gracias a Dios que estás muerta y no te doy este dolor. Yo te di dolores de vida, no de muerte. Esta pudrición no va a causar sufrimiento a otros seres cuando el mundo avance ni tampoco van a morir de crup los niños ni de cualquier peste las esposas amadas. Madre, no nos fue dado verlo, pero llegará un día cuando la inteligencia del hombre le va a permitir construir los aparatos que facilitarán el descubrir los gérmenes y los remedios para proteger los cuerpos tan Mimados y acariciados que nacen de todas las madres de la tierra. Ya no lo vimos, pero ¿sabes, mamá? Tú y yo

ya somos del par de los veinticinco mil abuelos y abuelas que tendrá una nieta o nieto nuestro dentro de unos quinientos años. Y si las semillas de nuestros cuerpos ya están empezando a formar esos nietos ¿por qué las semillas de mis pensamientos –tú y padre, por acción positiva o negativa, contribuyeron a engendrarlos– no van a germinar? ¿Quién te dice que mis ‘herejías’, mis ‘crímenes’ – todos confesados– van a causar entonces menos escándalo que afirmar: la tierra se mueve y es bastante parecida a una esfera?

La soledad me empuja a la noche y me acostumbré a amarla, a vivirla, a salirle al encuentro, a cortejarla, a penetrar con ella los hilos de lluvia como si palpara cuerdas de guitarra. La abrazo en los castaños, únicos seres vivos capaces de ofrecerme su natural rigor sin condenarme a la injuria del reflejo repelente. Ahora paso ante la casa de la costurera de cutis oliváceo. No me engañé al imaginarla de mi misma tierra. Le hablo en castellano, pero ella me responde en francés, arguyendo que quiere perder el acento y, como no habla nunca con nadie, no debe desperdiciar la ocasión. Se llama Petronila, pero le digo Peta. Extraña mujer con algo de niña. Me confeccionaba los chalecos, luego se ofreció gustosa para hacerme los antifaces. Los ideó forrados en nanzú, suavemente acolchados para que no me hicieran daño.

Cuán comprensiva me has sido, Peta. Ahora estás sola, tan sin amigos. No eres la misma que un día me anunció radiante haberse incorporado a esa sociedad donde las obreras iban a aprender a vivir por el trabajo en el deber. Ya no eres la misma que presenté a Luisa. Pero parecías la de entonces cuando me anunciaste con alegría triste que ibas a parir. Sólo en ese momento me percaté de tu inmensa barriga. Te pregunté quién era el padre: ‘lo que yo quería era un hijo, no un hombre’, respondiste remota, pero tu sonrisa era un esfuerzo por no llorar. ‘Se llamará Luisa si es niña’ afirmaste segura. Pero ahora, soberbia y dulce costurerilla, te has visto obligada a mandar a criar al infante para poder seguir trabajando. Te hallé llorando, sin vergüenza, con tus pechos colmados de esa leche que no beberá tu hijo. Disimulabas tu sufrimiento afanándote en un miriñaque de cañas, ballenas, flejes de fierro, clavos y piezas de hojalatería: construcción compleja que puso de moda mi loca amiga Eugenia para ahuecar las enaguas almidonadas y, más encima, los vestidos acorolados en grandes pliegues; debajo de semejante fábrica se irían a asomar ratoneando los zapatos de tacones. Efímera moda, selectiva, segregadora, deslumbrante moda, se



desvanecería antes que el *Agua Imperial*, el perfume exquisito de Eugenia... Me sorprendiste, Peta, cuando, reanimada por mis torpes palabras de consuelo, desabotonaste tu corpiño en tanto me explicabas: ‘oí decir a mi madre que la leche de mujer es buena para curar las heridas; permítame hacer algo por usted’. Me obligaste a quitarme la máscara y tu carita triste no se alteró frente a la sucia presencia de la mía. Tuve espanto de contagiarte con mi proximidad y aún más miedo de que malinterpretaras mi rechazo. Con delicada ternura me hiciste recostar y fuiste exprimiendo desde la altura el pezón inagotable cuyos chorros bañaban mis pústulas. Gracias por haberme otorgado ese don. Hubiera querido quedarme dormido para siempre sintiendo caer sobre el hueco donde estuvo mi nariz esa lluvia divina. Peta, no volveré a oír tu voz alterada por el espanto, obsesionada por esos “*vampiros hembras*” que removían los ojos entreabiertos de los fusilados con las conteras de sus sombrillas. No me comunicarás de nuevo tu horror ante los rostros dormidos en los cajones, un número sobre el pecho. Ni me harás sentir la gran tapia blanca de la calle del Repos, las nubes de moscas, gordas moscas, millares de millares de moscas borrachas de humor cadavérico manante de los huecos dejados por las balas. No volverás a contagiarme tu dolor y tu ira por aquel niño fusilado, tan flaco, las costillitas levantando el pellejo, sujetas sus manos a un sombrero de paja. Ni me hablarás de los pies pequeños y blancos de Rigaud, esos pies desnudos te dieron la más cabal imagen de la muerte, más aún que los brazos en cruz, el uniforme abierto y los galones arrancados o el mínimo agujero en la frente de donde fluyó la sangre para correr por la barba y empapar la cabeza...

Ya no te molestaré más con mis antifaces, Peta. Ha sido un feliz hallazgo esta máscara con un yelmo. Parece que me estaba esperando donde el anticuario. Lo más sorprendente es su visera: ventanita cancel de laminillas horizontales con diferentes ángulos de inclinación, al interior cruzada por finas varas metálicas que no obstaculizan la visibilidad perfecta hacia arriba, hacia abajo, hacia adelante, aun en la oscuridad. Se moldea suavemente sobre la sucia fosa donde estuvo mi nariz y se desliza hacia las sienas amoldándose a la perfección en la comba de la frente. Se ajusta tan bien, la siento como si con ella rescatara mi antiguo rostro y a ratos olvido que soy otro en la lista de los espectros vengadores: “*Vendremos por todos los caminos*”...

## Consumación

(Cuando al alba, Iago se saca la rara máscara metálica y cae postrado, su bella cabeza parece esculpida. ¿Ritratto virile de un Gaio Cesare o de un Giulio Claudio? ¿O la testa marmórea de un Dionisio o de un Menandro? Como de guerrero aquileo, descansa ese cuerpo, tal estatua funeraria que yaciera desde hace diecisiete siglos, impoluto mármol sólo agredido por el tiempo en la nariz para mellarla, despuntarla, erosionarla, corroyendo el perfecto acabado del rostro soberbio. Las líneas se suavizan en los arcos superciliares, en la desdeñosa curva del labio intacto.

Los párpados caen sobre un pozo de sombras; acaso su envés burilado de macizos nevados restallantes de luz violácea, de caminos transitados por carretas que levantan bruma dorada; el país más frío de la tierra, bañado de viento y luna, estremecido de sismo, deshace los bronquios de los pobres más pobres, les pudre las medulas, les soflama de sabañones talones y manos. En ese paisaje se fijan los ojos de fuego congelado avizorando escorzos de la patria vivida en sólo treinta y tres meses de pasión y derrota. Más abajo de su cintura, la sábana se alza cual carpa apuntalada en desierto de dunas sutiles. Yace en soledad este cuerpo que jamás se volvió indiferente después del éxtasis, dispuesto a extenuar la ternura. Los arcos de las cejas se fruncen cual si presintieran alguna injusticia.

Marat se sueña desplazándose bajo los arcos de ojivas de desmanteladas iglesias. Cruza la noche y llega a la Plaza Estrella, se detiene bajo el arco donde refulge entre los nombres de los héroes el de Miranda y renueva aquella emoción que lo impelió a abandonar esta ciudad maravillosa par recorrer en su país remoto caminos surcados por arcos de ruedas cansinas. Allá quiso proyectar la flecha de sus sueños hasta clavarla en el portón del futuro. Sábana escurridiza que los dedos rozan sin lograr sujetarla, los sueños de Iago son recogidos por una mano invisible, mientras la mente intenta evocarlos en vano, pues se alejan al más leve parpadeo. ¿Tienen un rincón en la memoria para guarecerse? ¿A qué región del olvido se fugan? (Y dentro del mundo mágico del soñar, Iago conjetura: ah, si alguien soñara mi sueño y lo rescatara del olvido...)



Se despierta reanimado. La cortina deja asomar engañosos rayos dorados, mimetismo de un nuevo amanecer. Iago escribe un rato. Comienza a vestirse con habitual esmero. Se esfuerza en dominar la ronquera y consigue entonar:

“Cuando vuelva el tiempo de las cerezas  
y el ruiseñor alegre y  
los mirlos burlones  
estén todos de fiesta...”

Iago sigue tarareando, ahora frente al espejo, los ojos fijos en el asqueroso gargajo de la muerte. Intenta colocarse la máscara de plata, mas su roce en la carne viva es un tormento. En el metal quedan adheridos costrones, pedazos de carne supurada. Él limpia la cavidad sin premura ni impaciencia. Vuelve a probársela. La canción se torna queja:

“Cuando estéis en el tiempo de las cerezas  
tendréis también penas de amor...”

Va hasta el escritorio, coge unos legajos y los lleva a la chimenea para hacerlos arder. Luego desarma y arma la pistola.

Intenta silbar y se queja de dolor. Pero sigue sacando voz del hondor de su garganta:

“Y la dama  
Fortuna que me está prometida  
no sabrá nunca aliviar mis pesares...”

Ante el espejo, calcula cómo habrá de ser el disparo para que haga impacto en la asquerosa llaga y, al mismo tiempo, consiga estallar los sesos.

Iago sale de su casa rodeado de soledad. Lo va invadiendo un cansancio que al comienzo se niega a aceptar. Con una bufanda de seda se tapa la cara, pero su mano termina por caer laxa; lo ha abandonado la sensación de estar ofendiendo a la luna y ensuciando la luz.

Una miseria nunca antes conocida se ha apoderado de él impregnándolo hasta trasminarlo. Se deja llevar por sus pasos vacilantes. No hace esfuerzo alguno para erguirse. Procura, sí, respirar desde lo más hondo del vientre para no decaer.

Escruta todos los meandros de su alma y descubre que no hay ningún deseo, ningún sueño, ninguna nostalgia, ningún rescoldo, ninguna necesidad de comunicarse con nadie.

El hijo, no por amado menos lejano, ya va por su propio camino. Las patrias fueron como las amadas. No hay cuentas pendientes. Nada que mirar hacia atrás ni qué avizorar.

El cielo malva se abre en celajes amarillos. Las nubes dibujan un castillo color nube, matizado de nube invierno, nube primavera y nube tormenta, al lado, un castillo gemelo en sepia como daguerrotipo. Curiosa sensación de haber contemplado ese paisaje, tal vez desde una colina de Florencia o en algún sueño.

Los pasos sin garbo ni soberbia lo conducen al viejo río. Los pies, con zapatos y todo, procuran arraigarse al suelo para impedir el derrumbe de la columna. Iago deambula por los muelles mientras se decide a bajar los escalones de piedra. Vara de mimbre que no va a retoñar, se asoma al espejo.

Santiago Arcos, inclinado sobre la luna rielante, en las aguas su mano parece temblar y desdibujarse, apunta el arma contra su cabeza.